

## MI ABUELO ARTESANO

En el arduo trabajo de revolver mi memoria un cuarto de siglo, me viene la nostálgica imagen de un pequeño taller escondido, bajo la troje, convertido en un lugar de trabajo a lo largo de los años.

Recuerdo trozos de cuero, tachuelas, clavos puntiagudos y la postura entregada de mi abuelo.

Había sido un hombre esforzado durante décadas, ya desde muy niño tuvo que hacer frente a diversas tempestades, pero la vida misma le frenó muy joven: su corazón comenzaba a dar muestras de debilidad.

Mi vida vivida corresponde a los días de empeño, de largas jornadas y velas nocturnas sentado en su taller. Extraño no era el día otoñal que visitaba a mis abuelos y me mostraba un ejemplo de un nuevo carruaje, decorado con los diversos materiales recogidos y que la mente humana es incapaz de imaginar.

El lugar de labores adquirió para mí un sentido realmente melancólico, mientras mi abuelo se disponía a realizar sus últimos remates, mis andanzas como infante estaban preparadas, pues el sitio era el más apropiado para esconderse.

El taller encerraba en sí, un aspecto que detenía el presente y al que yo mismo fui ajeno; mi abuelo se convirtió en un verdadero artesano, de sus manos nacieron multitud de pequeñas obras y muestras rurales, quiso y consiguió embellecer su existencia con detalles, ya fueran clavos, madera o un caballo de juguete. Su empeño fue decayendo con los años, a medida que la enfermedad le debilitó en su entrega y paciencia.

Hoy, veo un trabajo fascinante, una obra que se identifica con los últimos pasos de su vida, que quizás fueron los más bellos y entrañables, ya que mis ojos sólo han conocido éstos.

*Javier Ortiz Yusta*